

## Flandes, el mayor desafío de la Monarquía Hispánica

Herejía protestante, ciudades insurrectas, aristocracia díscola, depredación pirática, desobediencia fiscal... Muchos eran los desafíos a los que se enfrentaba Felipe II en el rebelde Flandes, y para reconducir la situación, recurrió a su mejor hombre: el duque de Alba. Àlex Claramunt, consagrado especialista en la historia de los tercios, presenta un minucioso retrato de las causas que precipitaron el estallido de la Guerra de Flandes y del papel del duque de Alba y sus invencibles tercios, así como una vívida narración de las encarnizadas batallas e implacables asedios que caracterizaron este conflicto.



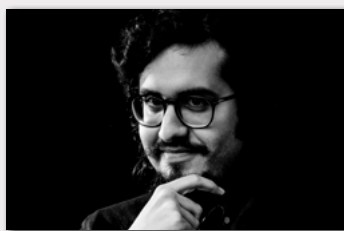
Es necesario castigo  
978-84-124985-0-9  
400 páginas + 24 en color  
15,5 x 23,5 cm  
Rústica con solapas  
P.V.P. 25,95 €

Cuando Felipe II encomendó en 1567 el gobierno de los Países Bajos a Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba, el experimentado militar, de sesenta años de edad, se puso en camino hacia Bruselas con un cometido claro: castigar a los rebeldes que se habían alzado contra el rey el año anterior; perseguir la herejía protestante y modernizar las finanzas del país. Alba tuvo que bregar con burgomaestres y abades díscolos, con una población que observaba con temor a los soldados españoles veteranos llegados con el duque, y con las incursiones de los mendigos del mar; piratas empleados por Guillermo de Orange, el principal líder de los rebeldes huidos al extranjero. El descontento de la población ante las políticas defensivas y fiscales de Alba se agravó por una serie de catástrofes naturales en forma de inundaciones y malas cosechas, y desembocó en 1572 en una revuelta masiva desencadenada por la conquista de la ciudad holandesa de Briel el 1 de abril de aquel año por los mendigos del mar.

La rebelión se extendió con rapidez de norte a sur de los Países Bajos y enfrentó a Alba al mayor desafío con el que se había topado hasta ese momento. Fue este el verdadero inicio de la Guerra de Flandes. A la postre, aunque el duque logró derrotar a Guillermo de Orange en las provincias del sur, y aunque en una ardua campaña recuperó mucho del terreno perdido merced a la veteranía de los tercios españoles, incluida la estratégica ciudad de Haarlem tras un épico asedio de ocho meses, el ejército real no logró imponerse a los rebeldes, que lograron asentar en las provincias de Holanda y Zelanda una administración política y militar que propició el surgimiento, unos años después, de las Provincias Unidas de los Países Bajos.

**«Sin duda alguna, el mejor estudio que se ha publicado hasta la fecha sobre las campañas del Gran Duque de Alba en Flandes».**

**Julio Albi de la Cuesta, autor de  
*De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles***



**Àlex Claramunt Soto** (Barcelona, 1991) es director de *Desperta Ferro Historia Moderna*, graduado en Periodismo y doctor en Medios, Comunicación y Cultura por la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha demostrado su profundo conocimiento de los siglos XVI y XVII en los textos que acompañan las fotografías de Jordi Bru en el libro *Los tercios*. Ha sido responsable de la coordinación de *Lepanto. La mar roja de sangre*, en el cual además firma uno de los capítulos. Asimismo, ha escrito varios libros y colaborado en diversas obras colectivas.

En librerías el miércoles 1 de marzo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



# SUMARIO

*Es necesario castigo explicado por Àlex Claramunt*



## EN POCAS PALABRAS

El 1 de abril de 1572, **un grupo de piratas al servicio del príncipe Guillermo de Orange**, los llamados “mendigos del mar”, tomaron por sorpresa la ciudad de Briel, en Holanda. Aquello desencadenó una revuelta que, a lo largo de las semanas y meses siguientes, se expandió con rapidez de norte a sur de los Países Bajos y que **puso contra las cuerdas a Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba, gobernador de la región en nombre de Felipe II**. Llamado por el Austria en 1567 a hacerse cargo de la gobernación de aquellos estados tumultuosos, pero de gran relevancia estratégica y económica, Alba, el **mejor soldado del rey**, había desarrollado en ellos una política defensiva, religiosa, administrativa y fiscal dirigida a asegurar la lealtad de su población al rey y garantizar su defensa frente a las múltiples amenazas externas procedentes de Francia, Inglaterra y Alemania.

Fueron las **políticas fiscales** del duque, en un contexto de acusada crisis de subsistencia derivado de las malas cosechas y las inundaciones producto del fenómeno climático conocido como “Pequeña Edad del Hielo”, pero también de la interrupción del comercio marítimo y la pesca a raíz de las piraterías de los mendigos del mar, lo que causó **el malestar social que propició la eclosión de la rebeldía**. Pescadores, marineros, artesanos, burgueses y nobles, alentados por el ejemplo

de los mendigos, tomaron las armas y depusieron a las autoridades de sus villas mientras fuerzas piratas, lansquenets y hugonotes a las órdenes de Guillermo de Orange, de sus parientes y sus lugartenientes invadían los Países Bajos por distintos lugares y llamaban a la población a sacudirse del yugo del “tirano” Alba.

El duque, como siempre, actuó de modo **prudente y reflexivo** y, merced al empleo de unos pocos miles de dispersos veteranos españoles, encuadrados en varios tercios, **logró no solo vencer a los hugonotes y a los mercenarios de Orange**, sino que, llegado el otoño de 1572, inició una contraofensiva –dirigida sobre el terreno por su hijo, don Fadrique– que llevó al poderoso Ejército de Flandes de Mons a Malinas, de allí a Maastricht y Utrecht, y finalmente a Ámsterdam y las puertas de Haarlem. Frente a esta ciudad se desarrolló **un largo y durísimo asedio**, jalonado de asaltos, lucha en las trincheras anegadas, combates fluviales y toda clase de incursiones por tierra y agua. En paralelo, en la provincia costera de Zelanda, las tropas del rey, inferiores en buques y marineros a los mendigos del mar, recurrieron a todo su ingenio en la defensa de las ciudades de Midelburgo y Goes. A la postre, tras más de un año y medio de enconados combates, Alba, incapaz de doblegar a los rebeldes, **se vio obligado a renunciar al gobierno de los Países Bajos** ante la llegada de un nuevo gobernador enviado por Felipe II, Luis de Requesens.



*Retrato de Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba (1568), óleo sobre tabla de Willem Key, Fundación Casa de Alba, palacio de Liria, Madrid.*

Este libro trata, en suma, del **verdadero inicio de la Guerra de Flandes, la revuelta de 1572, seguida de los asedios de Haarlem y de Alkmaar**, de los que se cumplen 450 años en estos momentos. Se trata de un trabajo fruto del estudio de un amplio repertorio de fuentes que ha buscado desvelar las causas de la rebelión, así como trazar un relato al pormenor de esta. El lector conocerá con esta obra la **actuación del duque de Alba** como gobernante, las **características políticas, sociales y religiosas de las provincias** donde cristalizó la revuelta, Holanda y Zelanda, las empresas e intrigas protagonizadas por Guillermo de Orange y el curso de las **campañas de los tercios viejos contra los mendigos del mar y las tropas rebeldes**, que se enfrentaron en multitud de escaramuzas, encamisadas, batallas y asedios.

### UNA PERSPECTIVA AMPLIA

Esta obra comienza con una necesaria reflexión acerca de la naturaleza de Guerra de Flandes y de cómo esta ha sido abordada desde sus inicios por los cronistas y los funcionarios de Felipe II, pasando por los historiadores nacionalistas del siglo XIX, hasta llegar a la actualidad.

Sigue un **primer capítulo** que se centra en la faceta del duque de Alba como gobernante y administrador. Además de plantear el trasfondo del ideario político del duque y situarlo en el contexto del fortalecimiento de las monarquías modernas frente a los poderes regionales y locales, en este apartado se incide en la configuración del programa de Alba y en cómo este se desarrolló en las siguientes facetas: defensa, religión y fiscalidad. El primer aspecto abarca la construcción de ciudadelas, la distribución de las tropas y la difícil convivencia entre estas y la población civil. El segundo ofrece una visión amplia del panorama religioso de los Países Bajos a la llegada del duque, así como de sus medidas para acabar con la herejía y, en relación directa con ello, aplicar una profunda reforma de la estructura eclesiástica, iniciada por su antecesora, Margarita de Parma. En el ámbito de la fiscalidad, destaca la exposición del polémico e infructuoso intento de Alba de establecer los impopulares impuestos del Décimo dinero y el Vigésimo dinero.

El **segundo capítulo** consiste en un recorrido por las ciudades y villas de las dos provincias en las que la rebelión logró asentarse a medio y largo plazo, los condados de Holanda y Zelanda. En estas páginas se da a conocer la estructura política de estas regiones y su evolución en las décadas previas a la revuelta, así como su estructura económica. Asimismo, se repasa los antecedentes de rebeldía más directos en el contexto de la Beeldenstorm, o furia iconoclasta de 1566, así como las infructuosas medidas puestas en práctica por las autoridades locales para afirmar su poder al finalizar aquel episodio, que permiten comprender la facilidad con que casi toda la región se pasó a los rebeldes seis años más tarde.



El **tercer capítulo** profundiza en dos aspectos distintos pero cuya correlación originó la situación que desembocó en la revuelta: por un lado, la crisis de subsistencia derivada del enfriamiento del clima, junto con las catástrofes naturales fruto del mismo fenómeno, en particular la devastadora Inundación de Todos los Santos de 1570. A continuación se aborda el fenómeno de la piratería de los mendigos del mar, incluida su organización y sus efectos, así como las contramedidas de las autoridades reales.

El **cuarto capítulo** principia con la toma de Briel por la armada de los mendigos, dirigida por el almirante Willem de La Marck, señor de Lumey, y detalla los compases iniciales de la revuelta, con su inexorable expansión ante la ineficaz respuesta de las autoridades. Las primeras páginas se centran en el sur de Holanda, epicentro de la rebelión; seguidamente, nos trasladamos a la vecina Zelanda, donde emergió otro foco rebelde en la ciudad de Flesinga, y, por último, a la región de Hainaut, en el sur, fronteriza con Francia, donde Luis de Nassau, hermano de Guillermo de Orange, y sus rebeldes, tomaron por sorpresa con sus aliados hugonotes Mons y Valenciennes.

El **quinto capítulo** desvela al detalle la situación de caos absoluto provocada por la expansión de la revuelta en Holanda y Zelanda y la apertura de nuevos frentes para Alba en las provincias del Bajo Güeldres, Overijssel, Drenthe y Frisia, limítrofes con Alemania, que fueron invadidas durante el verano de 1572 por un ejército de lansquenets a las órdenes del conde Willem van den Bergh, cuñado de Orange. El capítulo relata asimismo la victoria española en



la batalla de Saint-Ghislain frente a los hugonotes que se dirigían a auxiliar Mons, cercada por el Ejército de Flandes, la retirada de los españoles de Holanda y el infructuoso bloqueo de Ámsterdam por los rebeldes.

El **capítulo sexto** se centra en la campaña de Guillermo de Orange en los Países Bajos del sur para tratar de levantar el asedio de Mons, así como en la respuesta de Alba, que se impuso sobre su rival por medio de una estrategia de desgaste. Rendida Mons, el duque inició una campaña para expulsar a Orange más allá del río Mosa y marchar hacia Ámsterdam, sitiada una vez más por los rebeldes. El relato nos lleva primero hasta Malinas, saqueada durante varios días por las tropas católicas; luego hasta Maastricht, donde se tomaron importantes decisiones estratégicas; Zutphen, cuya guarnición Alba ordenó pasar a cuchillo; Naarden, arrasada casi por completo y cuya población masculina fue en gran medida masacrada, y, al fin, hasta Ámsterdam, el estratégico paso de Spaarndam, tomado en una audaz empresa, y las puertas de Haarlem. Se describe, asimismo, el socorro de Goes por el coronel Cristóbal de Mondragón y la derrota de los rebeldes en Frisia por el también coronel Gaspar de Robles.

El **capítulo séptimo** se centra principalmente en el prolongado asedio de Haarlem, que duró siete meses. Además de las operaciones de expugnación y de los combates que se produjeron en torno a la ciudad y en las líneas de abastecimiento del ejército real, tanto en tierra como en el agua, este apartado describe las condiciones de vida en los campamentos y dentro de la ciu-

dad, la reacción del duque, enfermo, ante los reveses sufridos y los desafíos que presentó el cerco, y la elección en Madrid, por Felipe II, de un nuevo gobernador, Luis de Requesens. También se describe la lucha en el frente secundario de Zelanda, caracterizada por el bloqueo rebelde a la leal Midelburgo y los intentos de las armadas reales, organizadas en Amberes, por introducir provisiones y tropas en la ciudad. El capítulo culmina con la rendición de Haarlem y la ejecución de la mayoría de sus defensores.

El **último capítulo** nos lleva al norte de Holanda, a la región de Waterland ("Tierra de agua", en neerlandés), un inmenso pantano donde el Ejército de Flandes, una vez Alba en persona hubo zanjado un motín entre su infantería española, puso bajo asedio de importante ciudad de Alkmaar. Estas páginas describen el cerco de la población y el infructuoso intento español de expugnarla, así como la campaña naval del almirante real de Holanda, el conde de Bossu, por levantar el bloqueo marítimo rebelde de Ámsterdam, que culminó en la batalla del Zuiderzee, en la que se impusieron los orangistas. El capítulo concluye con la llegada de Requesens a Bruselas y la marcha del duque de regreso a España, donde Felipe II lo recibió con frialdad.

Por último, un **epílogo** da cuenta del infructuoso intento de Requesens por evitar la caída de Midelburgo a principios de 1574, y sintetiza las razones, señaladas ya a lo largo del libro, por las cuáles Alba y sus tercios españoles no lograron imponerse a los rebeldes.

*Alba deja los Países Bajos (ca. 1573-1575)*, grabado de F. Hogenberg, Rijksmuseum. Además del duque, su bagaje y una escolta de caballería, se ve a Luis de Requesens despidiéndose de Alba y a don Fadrique. Una geografía ficticia y una armada a lo lejos con una inscripción se refieren al duque de Medinaceli.



DOSIER DE PRENSA





# LAS CLAVES DEL LIBRO

El libro no solo detalla las variadas **causas y los orígenes de la revuelta flamenca** contra España, sino también el paisaje humano en el que se desarrollaron sus primeros compases: las prósperas **urbes y ciudades de Holanda y Zelanda**, todas ellas con sus gremios y milicias urbanas, pero cada una distinta de la otra; y también el **paisaje geográfico**, el de unas regiones pobladas de ríos, lagos, diques, esclusas y dunas que influyeron decisivamente en el curso de las campañas.

---

Esta obra permite conocer en detalle la mentalidad de **Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba, el más destacado militar de su época** y uno de los principales hombres de Estado de Felipe II, así como su destacada actuación en los Países Bajos en tanto que gobernante y general.

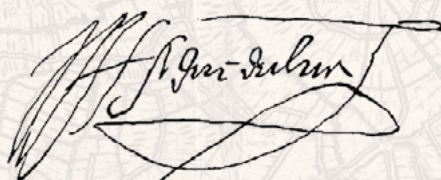
---

Las decisivas **campañas del duque de Alba en 1572 y 1573**, de las que habitualmente se relata únicamente unos pocos acontecimientos dispersos, adquieren en este libro sentido al ser desarrolladas en toda su amplitud y complejidad. Además de episodios de gran envergadura como los **asedios de Haarlem** (el Verdún de la Guerra de Flandes) y **Alkmaar**, la obra detalla un sinfín de combates, escaramuzas, asaltos, incursiones, encamisadas, batallas navales y ataques por sorpresa.

---

Al contrario que la mayoría de las obras de carácter divulgativo sobre la Guerra de Flandes, que recurren únicamente a fuentes españolas, en este trabajo también se ha usado un **amplio elenco de materiales neerlandeses** en forma de diarios, crónicas y cartas que permiten aproximar al lector al punto de vista de los holandeses, tanto los rebeldes como los que permanecieron leales.

---



DOSIER DE PRENSA







## ENTREVISTA AL AUTOR

**Àlex Claramunt Soto** (Barcelona, 1991) es director de *Desperta Ferro Historia Moderna* y doctor en Medios, Comunicación y Cultura por la Universidad Autónoma de Barcelona. Es el autor de los textos del libro *Los tercios* y ha coordinado la obra colectiva *Lepanto. La mar roja de sangre*. Ahora publica también con Desperta Ferro Ediciones, *Es necesario castigo. El duque de Alba y la revuelta de Flandes*.

**Esta no es la primera obra que dedica a los tercios españoles. ¿De dónde viene su interés por estas tropas y por la figura del III duque de Alba?**

Mi investigación, es cierto, se ha centrado fundamentalmente en los ejércitos de la España imperial en los siglos XVI y XVII. He escrito libros sobre la pérdida del Rosellón ante los ejércitos franceses en 1642 y sobre las campañas de Alejandro Farnesio en los Países Bajos; soy autor de los textos que acompañan las composiciones fotográficas de Jordi Bru en su obra *Los Tercios*, he coordinado un volumen sobre la batalla de Lepanto publicado también por *Desperta Ferro Ediciones* y dos cuadernos de historia militar, uno dedicado a los soldados de la Monarquía Hispánica de los Austrias y otro a sus marinos. Mi interés por los tercios es casi tan antiguo

como mi afición por la historia militar. Ya de adolescente sentía fascinación por el arte de la guerra en el siglo XVI, a medio camino entre lo medieval y lo moderno; por las guerras del periodo, sobre todo las de Italia y Flandes, y por las vidas de los soldados de los tercios. En cuanto al III duque de Alba, mi interés hacia su figura va más allá de lo puramente militar. Si bien es evidente que Alba fue uno de los mejores generales de su época, resulta igual de interesante en tanto que gobernante y administrador, pues puso en práctica una política contrarreformista treinta pocos años después de la clausura del famoso concilio y aplicó un programa fiscal moderno en los Países Bajos. Eso sin mencionar, por supuesto, la dimensión humana del personaje, un hombre de carácter duro, pero no exento de un cierto sentido del humor que trasluce en su abundante correspondencia. Al estudiar al duque y su etapa de gobierno en los Países Bajos, uno acaba familiarizándose con su forma de ser y de pensar, y se convierte en alguien cercano.

**Existen diversas biografías del III duque de Alba y, en los últimos años, han proliferado las obras sobre los tercios españoles. ¿Qué tiene de novedoso este libro respecto a dichos trabajos?**

Este libro no es una biografía sobre el duque, sino que aborda de modo más amplio un periodo histórico concreto, el de su estancia en Flandes entre 1567 y 1573, con un énfasis particular en las campañas derivadas de la revuelta neerlandesa de 1572. Tradicionalmente, la campaña de 1568, en la que el duque logró un triunfo incontestable sobre los rebeldes protestantes, ha recibido mucha más atención que los hechos de armas posteriores pese a la trascendencia y la espectacularidad de estos. Esto es algo, cuanto menos, sorprendente, dado el carácter decisivo para el devenir de la historia del periodo que va del 1 de abril de 1572, cuando los piratas de Guillermo de Orange, los mendigos del mar, se apoderaron de la ciudad holandesa de Briel, y el 19 de noviembre de 1573, cuando Alba cedió a Luis de Requesens la gobernación de los Países Bajos. A lo largo de este año y medio, la revuelta se extendió con increíble rapidez por toda la región, y la incapacidad de Alba y sus tropas por vencerla permitieron que los rebeldes consolidasen en Holanda y Zelanda en núcleo de lo que años después vendría a ser la república de las Provincias Unidas de los Países Bajos, un estado capaz de desafiar a la poderosa Corona española en el dominio del comercio con las Indias. Abordar este episodio, el de la revuelta de 1572, ya resulta de por sí novedoso, puesto que no hay otra obra en español que trate sobre ello de modo específico. Además, he recurrido para esto no solo a fuentes españolas, sino a su vez a fuentes flamencas y neerlandesas en forma de crónicas, diarios y correspondencia. Ello permite profundizar en el conocimiento y las claves del fenómeno desde el prisma no solo de los rebeldes, sino también de los flamencos leales a Felipe II, algo por lo general soslayado u obviado en los trabajos divulgativos sobre la Guerra de Flandes.

**Todavía persiste en los Países Bajos la imagen popular de Alba como un gobernante autoritario y represor, derivada de la Leyenda Negra. ¿Se trata de una falsedad fruto de la propaganda protestante o hay algo de cierto en ello?**

Una lectura minuciosa de las fuentes, y no me refiero con ello a las públicas, es decir, las crónicas impresas, sino la correspondencia privada dirigida a Felipe II por diversos personajes, evidencia que, en vísperas de la revuelta, Alba era aborrecido por la población local. Ello no se debía tanto a su persecución del protestantismo como a sus políticas fiscales, pues entre 1569 y 1572,

**«Este libro no es una biografía sobre el duque, sino que aborda de modo más amplio un periodo histórico concreto, el de su estancia en Flandes entre 1567 y 1573, con un énfasis particular en las campañas derivadas de la revuelta neerlandesa de 1572».**

Alba quiso implantar una serie de impuestos sobre los bienes muebles e inmuebles que resultaron muy impopulares, no tanto por su naturaleza, que era universal, como por el contexto de crisis económica y medioambiental en que el duque quiso aplicarlos. Para muchos flamencos, no solo rebeldes, sino también leales, Alba representaba la imagen de la tiranía y el mal gobierno. Su fama como represor llegó luego merced a varias tropelías y masacres cometidas por sus tropas en 1572, du-

rante su campaña contra los rebeldes, en Malinas, Zutphen y Naarden. No hay leyenda alguna en ello. El duque ordenó de forma explícita el saqueo de la primera ciudad y la masacre de los defensores de las otras dos con vistas a infundir miedo en la población para que no se atreviese a seguir

oponiéndole resistencia. Luego, por supuesto, estos actos fueron amplificados y distorsionados por los rebeldes en términos de propaganda contra el duque y las tropas españolas, pero ello no significa que no sucediesen, ni que destacados personajes del entorno de Alba, como el teólogo Benito Arias Montano, se mostrasen por ello críticos con lo sucedido.

**¿A qué se refiere exactamente cuando habla de los Países Bajos? ¿Y por qué eran tan importantes para la Corona española?**

Los Países Bajos, como concepto histórico, se refieren no solo a los actuales Países Bajos, sino también a Bélgica, Luxemburgo y algunas regiones del norte de Francia. En 1549, Carlos V las instituyó formalmente como estado, aunque de facto lo eran desde antes, por medio de una pragmática sanción que unificó políticamente aquel conglomerado de ducados, marquesados, condados y señoríos de los que él era gobernante, y que pasaron a ser conocidos como las Diecisiete Provincias. Económicamente, eran de una importancia clave para la Corona, pues eran desde hacía siglos el principal punto de exportación de la lana de Castilla, de la que se nutría la rica industria pañera flamenca, que hizo florecer las ciudades del sur de los Países Bajos –Amberes, Gante, Bruselas, Brujas– y propició el desarrollo de una actividad mercantil y financiera boyante. A mediados del siglo XVI, Flandes era la región más rica de Europa. Desde el punto de vista estratégico, los Países Bajos permitieron a los monarcas españoles ejercer una gran influencia en el Sacro Imperio y en el mar del Norte, además de amenazar a Francia con un avance militar sobre París. Fue por ello que,

## «En vísperas de la revuelta, Alba era aborrecido por la población local. Ello no se debía tanto a su persecución del protestantismo como a sus políticas fiscales».

desde mediados del siglo XVI, la pugna entre España y Francia por la hegemonía europea fue trasladándose del norte de Italia a los Países Bajos.

### Tradicionalmente se ha insistido en la cuestión religiosa y la expansión del protestantismo como principales causas de la revuelta. ¿Fue así, o hubo otros motivos, acaso más directos?

En las crónicas españolas se apunta una y otra vez a la difusión de la herejía como fundamento de la revuelta, pero lo cierto es que solo una mínima proporción de la población de los Países Bajos era protestante cuando estalló la rebelión. Fue tras la consolidación del nuevo régimen político en Holanda y Zelanda cuando comenzó la verdadera expansión del calvinismo entre la población, y aún así este seguía siendo relativamente minoritario a finales del siglo XVI. Las causas verdaderas de la rebeldía ya las advirtieron en su correspondencia personajes como el mencionado Arias Montano o Maximilien Morillon, vicario general de Malinas y hombre de confianza del cardenal Granvelle: la introducción de nuevos impuestos en un contexto de crisis de subsistencia motivada por una serie de malas cosechas y la disminución del comercio y la pesca, sumada al comportamiento abusivo de los soldados extranjeros, en particular españoles y alemanes. Esa es la impresión que encontramos en los diarios y cartas de personajes de lo más variados, nada sospechosos de connivencia o simpatías hacia los rebeldes.

### Felipe II rara vez dejaba cuestión alguna al azar. ¿Cuál fue su papel en todo este asunto?

Felipe II había estado en los Países Bajos en dos ocasiones, en 1549-1550, aún como príncipe, y en 1555-1559, ya como soberano, y aunque fue recibido con pompa y boato en ambas, el cronista Cabrera de Córdoba escribió que no supo ganarse el afecto de la nobleza flamenca, ya que no hablaba francés ni neerlandés y se rodeaba de consejeros y confidentes españoles. El contraste con su padre, el emperador, era considerable a ojos de los señores flamencos. En lo que respecta a las decisiones políticas de Felipe II, lo que menos ayudó a lograr la concordia fue que prorrogase indefinidamente su viaje a los Países Bajos previsto en 1568, ello debido a la crisis dinástica resultante de los fallecimientos del príncipe Carlos y la reina Isabel, y al inicio de la Rebelión de las Alpujarras.

Muchos, incluido al propio duque de Alba, consideraban que la sola presencia del rey, acompañada de un perdón general, bastaría para sosegar los ánimos e impedir, como acabó sucediendo en 1572, un rebrote de insurrección. El propio Guillermo de Orange reconoció en 1574 que la casa de Austria era en general estimada por todos, incluidos los propios rebeldes, que decían ser los verdaderos servidores del rey frente a las tropas extranjeras y la tiranía española. En materia flamenca, en cualquier caso, Felipe II estuvo bien asesorado por hombres que conocían la realidad sobre el terreno, como fray Lorenzo de Villavicencio, vicario general de los agustinos en los Países Bajos, que definió las líneas maestras de la política religiosa de Alba, o el cardenal Granvelle, Benito Arias Montano y Jerónimo de Roda, cuyos informes llevaron al rey a cambiar de estrategia y sustituir a Alba por el más conciliador Luis de Requesens.

### La rebelión contra Alba se considera aún un hito fundacional en los Países Bajos. ¿Podemos hablar de la revuelta como un alzamiento nacional?

La concepción de la revuelta neerlandesa de 1572 como un acontecimiento de carácter nacional, aunque sigue vigente en la percepción popular, hace ya mucho tiempo que ha sido superada en términos historiográficos. Resulta mucho más apropiado hablar de una guerra civil, puesto que no solo los rebeldes no aspiraban entonces a constituir un nuevo estado, sino que sus opositores eran ante todo locales. Las tropas españolas del ejército de Alba, aunque cualitativamente eran las más importantes, eran muy inferiores en número a las locales. Encontramos además destacados nobles neerlandeses, como Jan van Drenckwaert, en Holanda, o Philibert van Serooskerke, en Zelanda, que se distinguieron por su defensa de los intereses de la Corona frente a las tropas rebeldes. La mayor ciudad de Holanda, Ámsterdam, nutrida por fugitivos y exiliados de las poblaciones en poder rebelde, se erigió como el bastión católico y realista más importante del norte de los Países Bajos junto con Utrecht y Groninga, del mismo modo que en Zelanda lo fueron las ciudades de Middelburgo y Goes.

### El grueso del libro se centra en el relato de las campañas de Alba en 1572 y 1573. ¿Qué tuvieron de especial dichas campañas; por qué se caracterizaron?

«Alba representaba la imagen de la tiranía y el mal gobierno. Su fama como represor llegó luego merced a varias tropelías y masacres cometidas por sus tropas en 1572».



Alba fue ante todo un maestro de la guerra de movimientos y de desgaste, una situación que se produjo en 1568 y que supo explotar eficazmente para derrotar los ejércitos rebeldes sin comprometer sus propias fuerzas. En 1572 y 1573 esto no se dio. El hecho de que muchas ciudades se alzaran y dejaran entrar a las tropas del ejército de Guillermo de Orange obligó al duque, una vez derrotado a este príncipe en Mons, en el sur de los Países Bajos, a iniciar la reconquista del territorio ocupado por los rebeldes en el norte. Al avance fue al principio rápido y enérgico, pero se estancó delante de Haarlem, una ciudad cuyo dominio resultaba imprescindible para iniciar la recuperación de Holanda, pues controlaba el acceso desde la vecina Ámsterdam tanto al norte como al sur de la región. Don Fadrique, el hijo y heredero del duque, que dirigía el ejército, esperaba que la ciudad se rindiese sin oponer resistencia, pero no fue el caso. Ello dio inicio a un agónico y costoso asedio de siete meses entre diciembre de 1572 y julio de 1573 que se caracterizó primero por el frío y el hielo, y después por el agua y el barro, siempre en una posición estática, con miles de hombres apelotonados en campamentos en torno a la ciudad, hombres que debían ser alimentados desde la retaguardia, con líneas de suministros muy extensas y sujetas a constantes incursiones rebeldes. Esta realidad se repitió además en la siguiente empresa militar, el asedio de Alkmaar, donde Alba acusó el desgaste de sus tropas.

### ¿Por qué el duque de Alba y el Ejército de Flandes, el mejor general y el mejor ejército de Europa en aquel momento, fracasaron ante los rebeldes?

Las tropas rebeldes no eran rivales a campo abierto para las de Alba, sobre todo los veteranos españoles,

**«La concepción de la revuelta neerlandesa de 1572 como un acontecimiento de carácter nacional, aunque sigue vigente en la percepción popular, hace ya mucho tiempo que ha sido superada en términos historiográficos».**

cuyas tierras bajas, surcadas por infinitud de lagos y cursos fluviales, supusieron un enorme desafío logístico a la par que militar, en la medida en que los rebeldes eran superiores en el mar y disponían de más buques y marineros. Los soldados de Alba tuvieron que luchar en diques estrechos y en terrenos cenagosos frente a un enemigo que no solo conocía muy bien el ambiente, sino que también podía emplearlo en su favor, por ejemplo, abriendo esclusas para inundar el terreno alrededor de las ciudades y anegar las trincheras y los campamentos. Era un enemigo, además, que luchaba parapetado detrás de murallas, en ciudades abarrotadas de civiles resueltos a colaborar activamente en la defensa de sus hogares. En las crónicas y los diarios abundan las referencias de asaltos españoles que fracasan al topar en las brechas con una resistencia a ultranza en la que, al lado de los soldados y los milicianos, no faltan mujeres que arrojan piedras y aceite hirviendo a los atacantes. Esta fue la realidad de los asedios de Haarlem y de Alkmaar. El primero ocasionó tal desgaste en las filas realistas que, aunque terminó con victoria para los sitiadores, se tradujo al poco en un motín; en el segundo se impusieron los defensores. Alba, que esperaba haber acabado con la revuelta antes de la llegada de su relevo, Luis de Requesens, tuvo que resignarse al fracaso y regresó a Bruselas.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

Óleo sobre tabla, conservado en el Stedelijk Museum de Alkmaar, que muestra el asedio de esta ciudad en 1573.



**DOSIER DE PRENSA**





# ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Introducción

- 1 EL GOBIERNO DEL DUQUE DE ALBA
- 2 EL TEATRO DE LA GUERRA
- 3 EL CAMINO A LA REVUELTA
- 4 INVASIÓN Y REBELIÓN
- 5 LA REVUELTA SE EXPANDE
- 6 CAMBIO DE TORNAS
- 7 EL ASEDIO DE HAARLEM
- 8 LA CAMPAÑA DE WATERLAND

Epílogo

Bibliografía

Índice analítico

*Retrato de Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba (1568), óleo sobre tabla de Willem Key, Fundación Casa de Alba, palacio de Liria, Madrid.*

# DOSIER DE PRENSA





## INTRODUCCIÓN



*Vista panorámica de la ciudad de Utrecht y sus alrededores desde el oeste (ca. 1555-1560), dibujo de A. van den Wyngaerde, Utrechts Archief. Utrecht era, con Ámsterdam, uno de los principales centros urbanos de las provincias septentrionales, además de una de las sedes archiepiscopales más antiguas e importantes de los Países Bajos.*

Si bien disponemos de excelentes trabajos de investigación académica en torno a la Guerra de Flandes, los orígenes de esta siguen sin estar del todo claros para el público español, condicionado por visiones simplistas o sesgadas de largo recorrido, dada la histórica mitificación de la Monarquía Católica con finalidades patrióticas. En los tiempos actuales de exaltación nacionalista, estos discursos falsarios reciben más atención en el ámbito divulgativo que la crítica razonada. Poco importa que la exaltación de la España imperial, de la monarquía de los Austrias, se realice en beneficio de ideologías ostensiblemente contrarias tanto al universalismo que promovió dicha monarquía, como a la existencia de múltiples particularismos –políticos y culturales– que la caracterizó. La hazaña, la gesta, desplazan así la reflexión mesurada. Por ello, resulta más sencillo y gratificante atribuir el estallido de la rebelión a la supuesta deslealtad de los neerlandeses que analizar sus verdaderas causas. Ya los cronistas españoles del siglo XVI se inclinaron, en general, por señalar la difusión del protestantismo y la ambición de la nobleza flamenca como sus motivos principales, soslayando causas más directas y prosaicas reconocidas por los gobernantes y consejeros reales.<sup>2</sup>

Desde luego, las prédicas calvinistas, en un contexto de carestía provocado por una mala cosecha que las crónicas españolas obvian, fueron instrumentales en la Beeldenstorm iconoclasta de 1566. Para la llegada del duque de Alba en agosto de 1567, sin embargo, las tropas –en su mayoría locales– reclutadas por la gobernadora Margarita de Parma habían puesto fin a la desorganizada insurrección calvinista, y los nobles implicados en la revuelta, o aquellos, como Guillermo de Orange, que habían actuado sin atenerse a las instrucciones de la duquesa, habían huido a Alemania. A principios de 1572, de los nobles rebeldes más destacados, solo Orange seguía activo, aunque exiliado en el castillo de su hermano Juan en Alemania y prácticamente arruinado, mientras que la represión de Alba

había provocado el exilio de muchos de los protestantes de los Países Bajos y llevado a los demás a la clandestinidad.

¿Cómo se explica, pues, que el desembarco en Briel, el 1 de abril de 1572, de unos pocos centenares de expatriados que vivían de la piratería desencadenara una rebelión masiva que Alba fue incapaz de contener? ¿Cómo se entiende que, justo un año más tarde, Wouter Jacobsz, prior de un monasterio próximo a Gouda, exiliado entonces en Ámsterdam, anotase en su diario que «aunque muchas personas de allí eran católicas, conspiraron y se sumaron a la revuelta contra el duque [de Alba], pues preferían estar bajo el príncipe [de Orange]»?<sup>3</sup> Para responder a estas preguntas es imprescindible conocer la situación social de los Países Bajos en los tres años de paz anteriores a la revuelta (1569-1571), así como las difíciles condiciones de vida de la población flamenca en la coyuntura de aquellos inviernos, en los que las bajas temperaturas provocaron malas cosechas, con las consiguientes hambrunas, y abundaron desastres naturales en forma de desbordamientos de ríos y lagos e inundaciones, una de las cuales, la de Todos los Santos de 1570, resultó particularmente devastadora. En paralelo, las actividades de los mendigos del mar y un contencioso diplomático con Inglaterra mermaron el comercio marítimo y la pesca, actividades fundamentales en las provincias costeras de Holanda, Zelanda y Flandes, por lo que a la hambruna se sumó la pobreza. En estas circunstancias, Alba trató de imponer una serie de impuestos universales –el Centésimo dinero, el Décimo dinero y el Vigésimo dinero– que causaron un descontento generalizado.<sup>4</sup>

A lo dicho hay que sumar un elemento adicional: las molestias que ocasionó en la población tener que alojar y alimentar durante todo este tiempo a más de 10 000 soldados extranjeros, en su mayoría españoles. Los Países Bajos, sencillamente, no estaban preparados para ello.

# CAPÍTULO 1

## EL GOBIERNO DEL DUQUE DE ALBA



*Margarita de Parma, el cardenal Granvelle y el papa apoyan la misión de Alba (1572), anónimo, Rijksmuseum. Ejemplo de grabado propagandístico para denostar al duque de Alba con otros personajes odiosos para los exiliados flamencos. A los pies, sacos de monedas simbolizan el Décimo dinero.*

Ya antes de la llegada de Alba, Felipe II había tomado medidas para combatir la difusión de las doctrinas reformistas. Tras la clausura solemne del Concilio de Trento el 4 de diciembre de 1563, encomendó a Margarita de Parma que aplicase con energía en los Países Bajos los decretos trentinos.<sup>97</sup> La oposición de la alta nobleza fue notable. El príncipe de Orange y los condes de Egmont y de Horn argumentaron que los decretos vulneraban las prerrogativas del rey y de sus vasallos y pretextaron que el hecho de que Flandes estuviese rodeado de territorios con un fuerte implante de confesiones reformadas haría prácticamente ineficaz la aplicación de los decretos. Los grandes preferían una vía moderada inspirada en los *édits de pacification* franceses que evitase un conflicto religioso. Sin embargo, sus planes naufragaron por completo. No solo Felipe II no estaba dispuesto a ceder, sino que, en diciembre de 1565, cerca de cuatrocientos nobles de la región formaron una liga para oponerse a las políticas del rey. La encabezaban luteranos declarados como Luis de Nassau –hermano menor del príncipe de Orange– y calvinistas como los hermanos Jan y Philips van Marnix; Floris van Pallandt, conde de Culemborg; y Hendrik van Brededore, señor de Vianen, que se ganó el mote de *Grand gueux* [gran mendigo] y fue el líder indiscutible de los nobles descontentos hasta su fallecimiento a principios de 1568.<sup>98</sup>

Las razones del rápido auge del protestantismo fueron varias. En primer lugar, el extenso tejido social de las urbes flamencas, que se expresaba en gremios, fraternidades religiosas y cámaras de retórica,<sup>94</sup> sin olvidar las escuelas, que funcionaron como vías de difusión de las nuevas doctrinas.<sup>95</sup> En segundo lugar, la insuficiente estructura de la Iglesia católica en los Países Bajos, que consistía, en 1559, en apenas seis diócesis –Utrecht, Tournai, Arrás, Cambrai y Lieja–, dependientes de las archidiócesis de Reims y de Colonia, ubicadas en el extranjero. Estas limitaciones se tradujeron en un incremento de la distancia entre el alto clero y el pueblo llano, lo que dio lugar a una brecha que aprovecharon los predicadores protestantes.<sup>96</sup> A ello cabe añadir la creación de estructuras eclesiásticas reformadas por mercaderes y expatriados de los Países Bajos en territorios vecinos, entre los que cabe destacar centros como Emden, en Frisia Oriental; Londres, en Inglaterra; y Wesel, en el ducado de Cléveris, que actuaron como centros de debate, formación y propaganda.

Ya en junio de 1563, el cardenal Granvelle, que, en calidad de primado de los Países Bajos, debía supervisar la implantación de los decretos trentinos en la región, había informado a Gonzalo Pérez, secretario de Estado de Felipe II, de la inutilidad de las medidas contra la herejía: «es cosa de risa enviarnos disposiciones que se hacen ahí delante de los inquisidores para que busquemos aquí herejes, como si no lo profesasen aquí millares a los cuales no osaríamos decir nada».<sup>99</sup> La furia iconoclasta del verano de 1566, precedida de prédicas calvinistas multitudinarias frente a las grandes ciudades flamencas, evidenciaron a ojos de Felipe II hasta qué punto la herejía campaba a sus anchas por los Países Bajos ante el temor o la indiferencia de las autoridades y de la mayoría de la población.<sup>100</sup> El duque de Alba, apoyado por su ejército, debía remediar la situación.



## CAPÍTULO 3

# EL CAMINO A LA REVUELTA

A finales del año 1569, la villa de Dillenburg, capital del condado de Nassau, y hogar de la antigua e ilustre casa nobiliaria del mismo nombre en el oeste de Alemania, hasta su traslado a Breda en 1544, se convirtió en epicentro de la resistencia neerlandesa contra Alba. Allí se instaló Guillermo de Orange con su corte de exiliados después de guerrear unos meses en la Tercera Guerra de Religión francesa en compañía de su hermano Luis junto con los hugonotes de Gaspard de Coligny, almirante de Francia. Tras el fallecimiento de Hendrik van Brederode, «el gran mendigo», en febrero de 1568, y de Antoine de Lalaing, conde de Hoogstraten, en diciembre del mismo año –este, debido a la gangrena de una herida en el pie que se autoinfligió accidentalmente durante un combate contra las tropas de Alba–, Orange había quedado como líder indiscutible de quienes se oponían al duque. En torno a él se congregaron varios nobles que habían huido de los Países Bajos: Godfried van Haestrecht, señor de Drunen y antiguo *schout* de Breda; el iconoclasta Willem Blois van Treslong, hijo de un antiguo *baljuw* de Voorne; Gijsbrecht van Duivenvoorde, señor de Obdam; Jacob van Duivenvoorde, señor de Warmond y pariente del anterior; y Floris van den Boetelaer, señor de Langerak, que había amparado el culto calvinista y menonita en su señorío. Todos ellos estaban llamados a desempeñar misiones de importancia al servicio del príncipe, pero más que ninguno el brabantón Philips van Marnix, señor de Sint-Aldegonde, cuya formación humanista hizo que se convirtiera no solo en secretario y principal consejero de Orange, sino también en un hábil político y propagandista.<sup>24</sup>

Irónicamente, Orange, que en 1567 había rechazado involucrarse en los planes de Brederode por considerar a este demasiado radical, se veía ahora obligado a aceptar la ayuda de nobles cuyas acciones había desaprobado en el pasado. Por razones políticas, el príncipe se cuidó mucho siempre de revelar públicamente sus posturas religiosas. En 1566 había escrito un manifiesto en el que abogaba por establecer la libertad religiosa

en los Países Bajos, si bien defendía tolerar en público únicamente el culto luterano y ello en determinados lugares.<sup>25</sup> El Taciturno, como fue llamado más adelante, se había criado en un ambiente luterano y erasmita y se había convertido al catolicismo por un motivo tan prosaico como era heredar las ricas posesiones de un pariente lejano, Renato de Châlon, príncipe de Orange. Se trató, evidentemente, de un gesto político exento de verdadera convicción, pues, en 1561, contrajo segundas nupcias con Ana de Sajonia, hija del luterano Mauricio de Sajonia –matrimonio que Felipe II desaprobó–. Un cronista católico de la época escribió que

[...] los católicos lo reputaban católico y los luteranos luterano, pues asistía a misa todos los días con su mujer y su hija [...]. Le disgustaba la rigidez de nuestros teólogos [...] [y] blasfemaba contra los calvinistas como gente sediciosa e inquieta.<sup>26</sup>



En términos políticos y culturales, Orange era más alemán que flamenco. No solo sostuvo una asidua correspondencia con el duque Augusto de Sajonia, tío de su esposa, y con Felipe, landgrave de Hesse, los dos principales príncipes luteranos del imperio, sino que su pensamiento político se vio influido por el de ambos.<sup>27</sup> En 1572, el Taciturno no aspiraba a romper con Felipe II, sino a expulsar a Alba y a las tropas españolas y alcanzar una paz religiosa que garantizase la coexistencia de católicos y protestantes en unos Países Bajos regidos por el Austria. Aún faltaba mucho para el Acta de Abjuración de 1581, por la que los representantes de las provincias rebeldes renegaron de Felipe II.

El propio Orange escribió a su hermano Juan, en 1574, que «el afecto de los de por aquí hacia la casa de Austria es tan grande, que estoy firmemente convencido de que serían muy felices con ella siempre que se les diera garantías de la conservación de sus privilegios y de la libertad de religión».<sup>28</sup> Guillermo creía combatir por el bien de la patria y no contra el rey, sino contra el duque de Alba y la «tiranía» de los españoles.

*Guillermo de Nassau, príncipe de Orange* (1579), óleo sobre tabla de A. Thomasz Key, Rijksmuseum. Hijo de un príncipe alemán menor, al convertirse al catolicismo a los 11 años para heredar el principado de Orange, Guillermo inició una carrera que lo llevó a ser consejero de Estado de los Países Bajos, caballero de la Orden del Toisón de Oro y estatúder de Holanda, Zelanda y Utrecht. En el fondo, sin embargo, siguió siendo un alemán luterano; su enfrentamiento con la Corona solo era cuestión de tiempo.

## CAPÍTULO 4

# INVASIÓN Y REBELIÓN

La captura de Briel por los mendigos del mar era ya conocida por doquier y había estimulado el ánimo de todos aquellos que se sentían agraviados por el gobierno de Alba. Maximilien Morillon escribió a Granvelle desde Bruselas, el 5 de abril:

[...] no temo sino que estos piratas tengan inteligencias en Waterland, que está llena de anabaptistas, como lo está Frisia, y las sectas y el descontento que causa a los de Overijssel y Güeldres la forma en que se trata a los de Utrecht pueden hacer que un día su capa se vuelva del revés para nuestra gran desolación y ruina.<sup>16</sup>

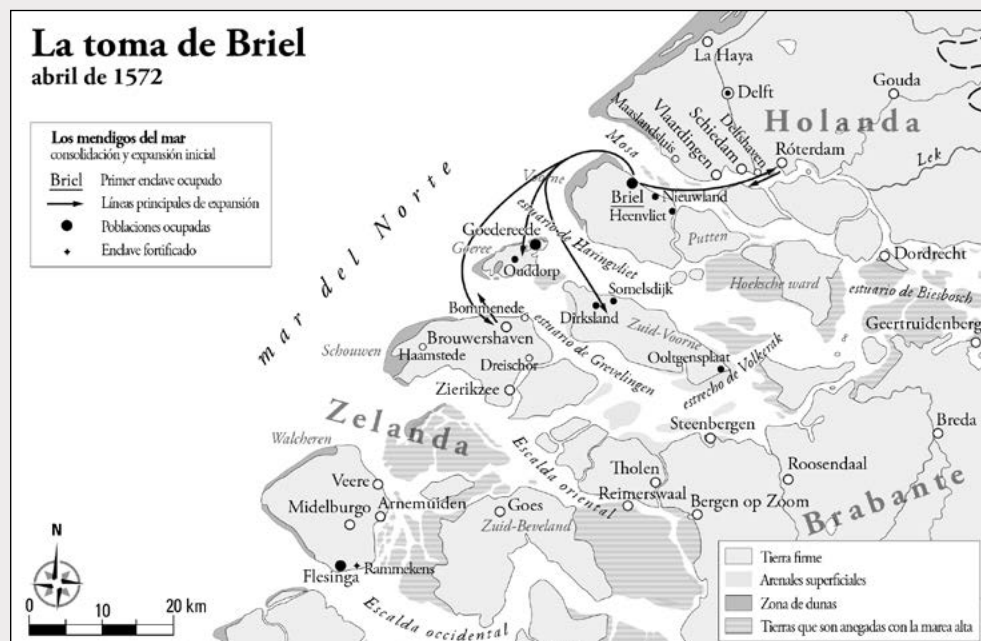
Alba era presa de las dudas. La toma de Briel había sido del todo inesperada; su atención se centraba en la frontera de los Países Bajos con Alemania y con Francia, de donde creía que podía llegar el peligro más inminente ante las informaciones que recibía de aquellas regiones, donde se hacían ya reclutamientos. El duque tenía medios más que suficientes para recuperar Briel, pero no podía recurrir a ellos por dos razones: primero, porque temía que los soldados de los tercios viejos se amotinaran si los reunía para salir en campaña, «no pudiendo menear la infantería española por deberles tanto [...], ni osándolos juntar porque no me hagan alguna desvergüenza, y cierto yo les soy en muy gran cargo en no haberla hecho hasta ahora». Asimismo, seguía pensando –con buen criterio–, que las fronteras no podían desguarnecerse. «Si no se meanean algunos de estos príncipes vecinos –escribió a Felipe II–, espero en Dios que se allanará todo esto, pero si lo hacen, el negocio será más dificultoso».<sup>17</sup>

Por desgracia para el duque, los acontecimientos habían escapado a su control. En Róterdam, los sucesos se precipitaron del 8 al 9 de abril. «Encontré a mucha gente

menuda armada, que al saber que queríamos pasar por la ciudad –escribió Bossu al duque–, dijeron a los burgueses que nunca lo consentirían».<sup>18</sup> Los magistrados, con la inestimable ayuda del párroco de la Sint-Laurenskerk, el ecléctico Hubert Duifhuis, convencieron a los revoltosos de que dejasen pasar al día siguiente a los soldados españoles por la población en grupos de veinticinco hombres y con las mechas de los arcabuces apagadas. Un grupo de *schutterij* armados supervisaría el tránsito de la tropa y controlaría la puerta por la que esta accedería a Róterdam. No está claro qué desencadenó los sucesos ulteriores. Mendoza observa en sus *Comentarios* que «los españoles habían escondido las mechas encendidas en las calzas»,<sup>19</sup> por lo que, tal vez, la intención de Bossu fuese, desde buen comienzo, apoderarse de la ciudad. En su correspondencia con Alba, el conde admite que, en lugar de veinticinco hombres, como estaba pactado, entraron en la ciudad unos cuarenta, ante lo cual el oficial de los *schutterij* al mando de la puerta dio la orden de cerrarla. Fueron sus últimas palabras, ya que el conde desenvainó su espada de súbito y lo atravesó con ella. Acto seguido, los soldados españoles recurrieron a sus armas y entraron en tromba en Róterdam. La resistencia de la población fue prácticamente nula. Bossu logró impedir que la soldadesca se entregase al saqueo, pero no que pasara a cuchillo a todo aquel que se interpuso en su camino, ni que derribase la estatua de Erasmo, al que tenía por un luterano.<sup>20</sup> Obras del siglo XVII elevan las víctimas de la masacre a unas 400 personas, aunque, en realidad, fueron bastantes menos. Bossu las estimó aquel día en 100, «algunas de los cuales eran muy buenas personas», si bien más tarde redujo la cifra a 40.<sup>21</sup> Morillon escribió a Granvelle que el total fue de 37, incluidos 2 magistrados.<sup>22</sup>

La masacre de Róterdam hundió el crédito de Bossu y dio alas a los mendigos. Por muchas exacciones que estos impusieran después sobre la población, en ese momento, la actitud de Lumey fue comedida. Morillon escribió el 13 de abril que el liejés

[...] trata a los burgueses del lugar [Briel] con mucha benevolencia, sin amenazar sus bienes ni personas. [...] Muchos habitantes de Róterdam y de otras ciudades de Holanda van por entretenimiento a ver [...] la fortificación que están edificando en Briel, donde se recibe y se paga bien a todos los que quieren trabajar.<sup>23</sup>





## CAPÍTULO 5

# LA REVUELTA SE EXPANDE

A pesar de los éxitos católicos en Hainaut, la situación en Holanda era cada vez más precaria. La irrupción de las tropas del conde Van den Bergh en las tierras de la margen izquierda del IJssel supuso un problema adicional para el conde de Bossu. Además de contener el avance de los mendigos por el Mosa y el Lek desde Dordrecht y sus incursiones desde Waterland, debía también ahora destinar tropas a defender las fronteras de Utrecht y los caminos desde esta ciudad hacia Ámsterdam. Los habitantes de Weesp se mostraron comprensivos y admitieron una guarnición de 100 soldados; no así los de Naarden, donde, según el conde, «todos estaban [alzados] en armas». <sup>107</sup> El 5 de julio, Bossu escribió a Alba una carta en la que prometió resistir cuanto fuera posible:

[...] todos nos vuelven la espalda y me veo rodeado por todos lados de enemigos, tanto del lado de Holanda y de la Veluwe, como del lado del mar y de los ríos, y dado que no podemos recibir ayuda, trataré de mantenerme a la defensiva, mientras pueda, como es deber de un buen hombre. <sup>108</sup>

Para su consuelo, los habitantes de Schoonhoven aceptaron finalmente alojar una guarnición de tropas reales. Los combates entre esta y las fuerzas rebeldes alojadas en Gorcum no tardaron en producirse. El 8 de julio, 300 mendigos se apostaron en el pueblo de Ameide, entre Vianen y Schoonhoven, para interceptar una nave cargada de trigo que Bossu envió hacia esta villa con una escolta de 100 arcabuceros. El capitán de las tropas de Schoonhoven, advertido de la emboscada, envió un centenar de sus hombres a reforzar la escolta del cargamento. A la postre, los mendigos fueron derrotados por completo. Entre este choque y una escaramuza que se produjo poco después, los realistas tomaron cerca de 60 prisioneros. <sup>109</sup>

El 9 de julio, fueron ahorcados en Rugge, cerca de Briel, los llamados Mártires de Gorcum, diecinueve religiosos católicos, residentes en su mayoría en esta ciudad, que habían sido trasladados a Briel por orden de Lumey unos días antes. Los mendigos humillaron y torturaron a los clérigos y los indujeron sin éxito a abjurar de su fe antes de condenarlos a muerte. Los hermanos protestantes de uno de ellos, el franciscano Claes Pieck, reunieron dinero para pagar un rescate y suplicaron clemencia a Lumey, pero de nada sirvió. <sup>110</sup> Tampoco importó que las órdenes del príncipe de Orange prohibiesen del todo las agresiones al clero católico. Dicho de otro modo, Lumey, como antes Diederik Sonoy, actuó por propia iniciativa y contra las órdenes del príncipe, uno de los consejeros del cual, en abril, le había recomendado no solo no hostigar a los religiosos católicos, sino «no introducir ningún cam-



*Los Mártires de Gorcum camino a la horca (ca. 1698-1700), anónimo, Rijksmuseum. El pueblecito de Rugge, donde se ejecutó a los 19 clérigos, se convirtió en lugar de culto, pues a la intercesión de estos se atribuyó milagros –curación de hernias–, lo que contribuyó a su beatificación en 1675.*

bio público en la religión a menos que esto se haga con el previo consejo general y ordenanza de todos los Países Bajos». <sup>111</sup> En sus instrucciones a Sonoy, Guillermo dejó claro que este debía permitir la libertad de culto «sin tolerar que se cause molestia alguna a los de la Iglesia romana». <sup>112</sup> A fin de cuentas, la gran mayoría de la población de Holanda seguía siendo católica y las ciudades que habían abierto sus puertas a los mendigos lo habían hecho a cambio de garantías escritas de que estos respetarían el culto católico y las propiedades del clero. Se trata del caso de Dordrecht, ciudad a la que Barthold Entens van Mentgheda prometió que «ninguna iglesia, edificio religioso, capilla, casa, barrio o dependencia de ningún clérigo de esta ciudad, ni de Holanda meridional, puede ser dañada, derribada, menoscabada o allanada de ninguna manera». <sup>113</sup> Los mendigos actuaron luego con impunidad en muchos lugares, pero siempre contra los deseos y las órdenes expresas de Orange.

## CAPÍTULO 6

# CAMBIO DE TORNAS

Al día siguiente, 8 de octubre, el ejército orangista se aproximó desplegado para la batalla desde la dirección que el duque había previsto. «Dícenme los que he enviado a reconocerla que son de 5000 a 6000 caballos; todavía me parecen más; infantería no tiene mucha, pero la caballería dicen que es muy buena», escribió Alba.<sup>21</sup> Orange desplegó varios cañones en el terreno elevado al sur del Trouille para situar las tropas del duque entre dos fuegos, el de su ejército y el

día anterior, frente a las posiciones católicas. La intención de Orange, como había anticipado Alba, era enlazar con su hermano Luis en Mons a través del Trouille. Sancho Dávila, castellano de Amberes, que había acudido con el duque al asedio a finales de agosto, salió al encuentro de la infantería protestante con un centenar de arcabuceros españoles y, apoyado por Julián Romero con otros 200 arcabuceros, la compañía de lanzas de Pedro de Tassis y la de hombres de armas del conde de Roeux, hizo retroceder a la infantería rebelde



*El asedio de Mons por el duque de Alba (ca. 1572-1574), grabado de F. Hogenberg (1535-1590), Rijksmuseum. Probablemente, la escena muestra el combate entre las tropas de Alba y las de Orange el 9 de octubre de 1572, durante los intentos de este por introducir hombres y suministros en la ciudad.*

de Mons. Asimismo, envió tropas de arcabuceros a trabar escaramuza con la vanguardia católica en aras de atraerla al combate a campo abierto. No obstante, Alba confiaba en la solidez de su dispositivo y debería ser el príncipe quien pasara a la ofensiva, a lo que este no se mostró dispuesto.

Al atardecer, ambos ejércitos se retiraron a sus campamentos. La acción se reanudó al día siguiente, cuando Orange, más resuelto, ordenó el avance sobre Jemappes de tres escuadrones de herreruelos que sumaban 2500 hombres, y de dos de infantería, uno de tres compañías y otro de seis, las mejores de que disponía. Alba, a su vez, envió a don Fadrique con 600 arcabuceros españoles a reforzar a los valones de Capres que defendían el pueblo. El grueso de las tropas, con el príncipe, se desplegó, como el

desbaratados y se replegaron al bosque. Don Fadrique en persona dirigía la infantería; Alba y el duque de Medinaceli observaban el combate desde la segunda línea.<sup>22</sup> Visto que no era posible cruzar el Trouille, el príncipe se retiró con sus tropas a Frameries, unos kilómetros al sur. Al día siguiente, el ejército protestante se encaminó hacia Harmignies para tratar de introducir tropas y suministros en Mons por la puerta de Havré. Para evitarlo, Alba despachó a don Fadrique con 1000 arcabuceros españoles y 1000 valones al pueblo de Saint-Symphorien, al norte de Harmignies, donde se alojaba el regimiento del barón de Polweiler. Asimismo, el duque envió a Bernardino de Mendoza con dos compañías de lanzas y una de arcabuceros a caballo a reconocer los alrededores del campamento de Orange. Informado de las disposiciones de los rebeldes, Alba se dirigió a Saint-Symphorien con Medinaceli y, tras reunirse con Fadrique, el barón de Noircarmes y Julián Romero, ordenó a este que preparase una encamisada sobre el más cercano de los alojamientos protestantes para aquella misma noche, la del 11 al 12 de septiembre.<sup>23</sup>



## CAPÍTULO 8

# LA CAMPAÑA DE WATERLAND

Alba dejó Bruselas el 18 de diciembre acompañado por su secretario, Juan de Albornoz, y escoltado por cinco compañías de caballería. Consgo se llevó una gran cantidad de pinturas –retratos, escenas de batallas, escenas religiosas–, esculturas, tapices, libros y las banderas que don Fadrique había tomado al ejército hugonote en la batalla de Saint-Ghislain, entre otras cosas.<sup>104</sup> Cinco días después llegó a Namur, donde su mal estado de salud lo obligó a guardar cama. Allí se le unió don Fadrique, que dejó Bruselas el 23 de diciembre. Tras recorrer Luxemburgo, Lorena, el Franco Condado y Saboya en un penoso y agotador viaje de casi dos meses y medio, y en pleno invierno, Alba llegó a Génova, donde el 3 de marzo embarcó con su séquito de regreso a España.

El duque no esperaba de Felipe II un gran recibimiento y así fue. El 26 de marzo, mientras se preparaba en Guadalajara con don Fadrique para hacer su entrada en Madrid, se presentó en su hospedaje un mensajero del rey que entregó al duque una cédula en la que aquel prohibía a su hijo personarse en la villa y corte. El Austria no olvidaba el desliz de don Fadrique con Magdalena de Guzmán siete años atrás, aunque es más probable que hubiera otro motivo para su frío recibimiento. Apenas dos semanas atrás, el rey había constituido dos juntas para examinar minuciosamente la administración de Alba en los Países Bajos a raíz de las críticas acerca de su proceder que el duque de Medinaceli, nombrado consejero de Estado a su llegada desde Flandes, y otros personajes, incluido Luis de Requesens, habían trasladado al monarca. Mateo Vázquez de Leca, secretario privado del rey, estaba ocupándose de recabar las informaciones correspondientes.<sup>105</sup> Alba, que no sabía nada acerca de las juntas, consideró la negativa de Felipe a recibir a su hijo como

una afrenta personal y escribió a su cuñado, el prior don Antonio de Toledo, que

de cualquier otro príncipe del mundo pudiera yo esperar esta gratitud de tantos años y tan grandes y trabajosos servicios como yo y él [don Fadrique] hemos hecho a S. M., pero de él, cierto, nunca lo esperé.<sup>106</sup>

A pesar de todo, mientras su hijo se encaminaba a su encomienda de Campo de Calatrava, el duque se dirigió a Madrid, donde fue recibido por Felipe II y asumió de nuevo sus responsabilidades como mayordomo mayor del rey y consejero de Estado. Su influencia en la corte, después de seis años en los Países Bajos, se había esfumado, pero no su fama. El 18 de abril, don Fadrique escribió a Juan de Albornoz:

[...] no me maravillaré del contento que me decís que muestran por allá todos con la venida del duque mi señor, pues acá en este Campo de Calatrava y por todos los lugares por donde he pasado desde Alcalá hasta aquí no se habla de otra cosa.<sup>107</sup>

La importancia de Alba en la monarquía como general y consejero era demasiada como para que el rey procediese en su contra, aun cuando fuesen muchas las voces que consideraran que su política fiscal había ocasionado la rebelión y que su represión la había recrudecido. El anciano duque prestaría aún importantes servicios a la Corona. Mientras, la guerra en Flandes siguió su curso, un curso ya independiente de sus decisiones.

*Banquete de un grupo de arcabuceros de la guardia cívica de Haarlem (1583), óleo sobre tabla de C. van Haarlem, Frans Hals Museum. Servir en una compañía de *schutterij*, la guardia cívica de base gremial de las ciudades de los Países Bajos, era considerado motivo de orgullo, de ahí que, con frecuencia, los oficiales de estas tropas encargaran retratos grupales de sus hombres a pintores de renombre.*



# DOSIER DE PRENSA

# EPÍLOGO

## LA CAÍDA DE MIDELBURGO



¿Por qué el mejor general de su tiempo, situado además al frente de un ejército numeroso y experimentado, fracasó de un modo tan evidente? Los motivos son de índole económica y geográfica. A finales de 1573, el Ejército de Flandes, con sus cerca de 57 000 efectivos, era formidable sobre el papel. Sin embargo, Requesens comprendió rápidamente el problema subyacente, derivado de la acumulación de impagos a la tropa por falta de liquidez. Charles de Berlaymont, presidente del Consejo de Finanzas, lo había informado al poco de su llegada a Bruselas de que se adeudaban 5 millones de florines a las tropas de infantería y a las *bandes d'ordonnance*, una cifra astronómica si tenemos en cuenta que la contribución ordinaria de los Estados a la Hacienda Real era de unos 2 millones de florines al año. Los consejeros de finanzas calculaban el coste mensual del ejército y las armadas de Flandes y Holanda en, al menos, 600 000 escudos -1 200 000 florines-.<sup>27</sup>

A pesar de los esfuerzos de Requesens por obtener liquidez, los impagos a las tropas se siguieron acumulando, lo que llevó al amotinamiento de la infantería

Miniatura del *Manuscrito de Willem de Gortter*, conservado en la Biblioteca Real de Bélgica, muestran abanderados de las tropas rebeldes y de la guardia cívica de Amberes.

española en abril de 1574. Aunque pudo solventarse la dificultad por medio de un préstamo de 200 000 escudos proporcionados por la ciudad de Amberes a un elevado interés, la situación no hizo más que agravarse. Las negociaciones con los Estados provinciales resultaron arduas y la cantidad de dinero que pudo obtenerse fue reducida debido a la interrupción del comercio provocada por la guerra. Además, la reputación de Requesens entre la población quedó mermada por el motín y el desdén hacia los soldados españoles se acentuó todavía más. Requesens escribió a Felipe II en noviembre de 1574:

Ha llegado ya la necesidad de aquí, y la desverguenza de la gente de guerra, y la del país, y la imposibilidad de remedio, a términos que ya no hallo ninguno como poderlo explicar a V. M.<sup>28</sup>

Al año siguiente la monarquía se declaró en quiebra y, a consecuencia de ello, en 1576 se produjeron nuevos motines entre la infantería española y valona en un contexto de caos político derivado del fallecimiento del gobernador que propició la alianza entre los flamencos rebeldes y leales contra las tropas extranjeras.

Los rebeldes, en cambio, pudieron pagar a sus tropas regularmente durante todo este tiempo, y no solo porque fuesen menos numerosas que las católicas -Orange las cifró en unos 25 000 hombres en mayo de 1573-,<sup>29</sup> sino también porque disponían de medios para reunir el dinero necesario. Además de a los impuestos ordinarios y extraordinarios sobre los bienes inmuebles y la exportación e importación de bienes muebles, recurrieron a la emisión de deuda y a la confiscación de las propiedades y las rentas del clero católico y de los realistas exiliados.<sup>30</sup> Así, aunque las tropas del Ejército de Flandes eran superiores a las rebeldes en casi todos los aspectos, el hecho de que estas recibieran su salario regularmente y aquellas no resultó decisivo en el triunfo a medio plazo de la revuelta, pues los rebeldes resistieron el tiempo suficiente como para que la maquinaria bélica hispánica dejase de funcionar por falta de fondos.

Hubo otro factor clave que actuó en favor de los rebeldes: la orografía de Holanda y Zelanda. Al tratarse de tierras bajas, surcadas por numerosos ríos y con abundantes lagos y pantanos, dotadas además de una infraestructura en forma de diques y esclusas de la que los rebeldes podían servirse para inundarlas, eran muy fáciles de defender, incluso ante el mejor ejército de la época.





**Contacto y entrevistas:**

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



**DOSIER DE PRENSA**

